



CONEXIÓN CON LA HISTORIA

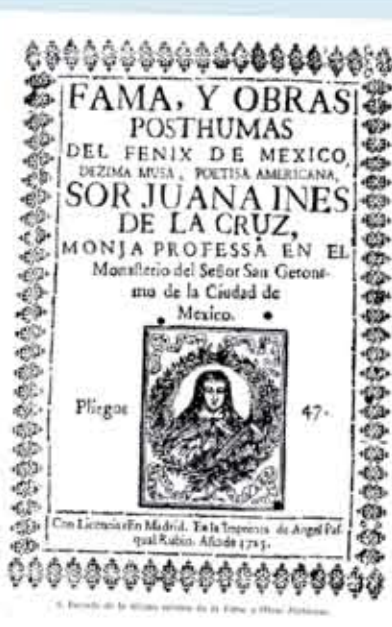
Últimos días de Sor Juana

Hace 314 años una epidemia de tifo, conocido en el siglo XVII como “fiebre pestilencial”, provocó la muerte de la mayor poetisa de México, dentro del convento de San Jerónimo



MORADA FINAL

Dentro de la iglesia de San Jerónimo, en el coro bajo y entierro de las monjas del lugar, fue sepultada Sor Juana Inés de la Cruz el 17 de abril de 1695.



Portadas de la primera y de la última edición de la *Fama y obras póstumas*. Imágenes tomadas del libro *Sor Juana Inés de la Cruz, Obras completas*.

huesos de la monja que había estado allí, los colocó en el osario y dejó lista la cavidad en el suelo para regresar a la tierra lo que le pertenecía y que había tomado forma 46 años atrás en Nepantla.

El cabildo-catedral asistió al funeral y el canónigo Francisco de Aguiar ofició las exequias. Don Carlos de Sigüenza pronunció la oración fúnebre y un numeroso concurso de gente la despidió.

Sor María de San José, su sobrina, la habría atendido en sus últimos momentos. También le ayudaría a disponer sus cosas cuando se sintió mal: casi 200 libros, varios legajos de papeles con versos místicos y mundanos, un niño Dios, varios cuadros de concha y algunos muebles. Las imágenes las dejó al arzobispo y lo demás le fue entregado a su familia.

Pasados 166 años de la muerte de la ilustre poetisa, la exclaustación puso a las monjas en la calle y sus papeles fueron incautados. Los

agentes del gobierno tuvieron muy poco cuidado con los archivos, que se perdieron irremediamente. El conjunto conventual fue vendido y sus edificios, convertidos en vecindades, bodegas y hasta en salón de baile, como el que hubo durante la segunda década del siglo XX, cuando la propietaria fue Antonieta Rivas Mercado, otra gran mujer. Sin embargo, ni ella ni los demás propietarios fueron sensibles a la importancia del lugar, ni por su valor artístico en sí, ni por el valor que poseía por haber sido hogar de la mayor poetisa de México.

En 1884, el periódico *La Libertad* denunciaba la destrucción de la casa natal de Sor Juana en Nepantla. Al año siguiente, el periódico *El Tiempo* abrió una suscripción para rescatar la celda que había ocupado la monja en el convento de San Jerónimo. La apatía ganó la batalla. En una semblanza biográfica que hizo don Agustín Rivera a la ilustre monja en un folleto titulado *El Cempa-*

zúchil, en 1891, concluyó con estas dramáticas palabras: “Y los mexicanos no hemos levantado una estatua a esta mujer! ¿Sabemos siquiera dónde está su sepulcro?”

Francisco de la Maza inició una fuerte campaña en 1956 para promover el rescate de la iglesia de San Jerónimo, y por lo tanto de su coro, y de las sepulturas de las monjas. Propuso un proyecto con la colaboración del arquitecto Manuel González Galván, que pudo llevarse a cabo con dignidad entre 1964 y 1965, bajo la responsabilidad del arquitecto Jorge L. Medellín, subsecretario de Bienes Inmuebles y de Urbanismo de la entonces Secretaría del Patrimonio Nacional.

En el coro bajo se puso una lápida que reza: “En este recinto, que es el coro bajo y entierro de las monjas de San Jerónimo, fue sepultada Sor Juana Inés de la Cruz el 17 de abril de 1695”.

* DIRECTORA DE PROMOCIÓN DE LA HISTORIA EN EL INEHRM

POR CARMEN SAUCEDO ZARCO *

comunidad@nuevoexcelsior.com.mx

El 17 de abril se cumplieron 314 años de la muerte de la insigne monja jerónima Juana Inés de la Cruz.

El calor, el viento y los súbitos aguaceros en que vivimos estos días pueden darnos una idea de lo que vivían los habitantes de la Ciudad de México en aquel abril de 1695. Los rayos del sol concentraban las aguas residuales estancadas en las calles y acequias (canales en los que la inmundicia se acumulaba), convirtiéndose en focos de polución que el viento diseminaba. Las partes secas del lago de Texcoco nutrían la atmósfera citadina de un fino polvo que causaba males en los ojos. Periódicamente, con mayor o menor virulencia, las enfermedades hacían estragos entre una población carente de conciencia higiénica.

Fue en este clima propicio cuando comenzó dentro de los muros del convento de San Jerónimo —habitado por más de un centenar de mujeres entre monjas, niñas, criadas y esclavas— una epidemia de “tabardillo” o “fiebre pestilencial”, como se le conocía entonces al tifo exantemático, enfermedad relacionada con los piojos del cuerpo.

Los sufrimientos del aquejado eran atroces, pues el dolor y la fiebre los hacía entrar en violentos delirios. Muy pocos escapan a la virulencia de este mal. De hecho, la misma Sor Juana era sobreviviente de un tabardillo que le dio entre 1671 y 1672, cuando tenía 23 ó 24 años. En 1695, tenía 46 años cumplidos, un cuerpo con las huellas de la enfermedad sufrida 20 años atrás y en el alma las heridas de un mundo que no alcanzó a comprenderla.

Podemos imaginar que cuando la epidemia se propagó, el convento entró en gran actividad. El médico habrá ido a examinar a las enfermas y habrá dejado instrucciones para la aplicación de fomentos de vinagre, nitro y alcanfor, y remedios de agua de cerezas negras, aguas epidémicas, jarabe de diacodón, agua triacal alcanforada y otras más. La fiebre se controlaba con trozos de víbora, sal volátil de jarabe y azafrán en polvo. El avance científico en el terreno médico era pobre. Las medicinas eran poco eficaces y sólo quedaba rogar a Dios.

Sor Juana, como la comunidad entera, se entregó a la atención de las enfermas. Al ser la contadora del convento, se habría ocupado de pagar al médico y al boticario, así como de hacer compras extraordinarias de piezas de manta, de medicamentos y de ciertos alimentos. La muerte de algunas monjas la obligaría a contratar al enterrador, la cera de los funerales y los servicios de ayudantes para disponer los entierros en el coro bajo de la iglesia.

Por su natural curiosidad científica, debió tener algo de boticaria y sabría cómo moler las sustancias y mezclarlas, así como su correcta aplicación. Médicos y boticarios estaban en contacto con las enfermas lo absolutamente necesario para no contagiarse; es de esperar que, sabiendo que la madre Juana Inés de la Cruz era apta hasta en esas ciencias, le hayan confiado la administración de los remedios.

Su observación alquímica de los fenómenos de cocina también la habrían tenido ocupada en la supervisión de los alimentos de las afectadas, con la idea de darles aquello que, de acuerdo con la teoría de los humores, les fuera benéfico.

Horas de trabajo agotador y el contacto con las infectadas la postizaron a principios de abril. El dolor se apoderó de su cuerpo, la fiebre le atenazó las entrañas, el delirio maquinaba fantasmas y temores; por último, el sangrado de la nariz preludiaría el fin. Seis monjas habían muerto ya cuando, la madrugada del domingo 17 de abril de 1695, la madre Juana Inés de la Cruz expiró.

El mismo día de su muerte, su cuerpo fue sepultado en el coro bajo de la iglesia del convento, en el mismo lugar donde 26 años atrás había tomado los hábitos. Para hacerlo, un sepulturero localizó la tumba más antigua, la abrió, retiró los